

**Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO**



# Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Joaquín Álvarez Barrientos

# Una historia de impostores



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, nº 22 —

MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: ABSURDA FÁBULA  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de cubierta © VALERY SIDELNYKOV  
Fotografía del autor en solapa © JAVIER VELASCO

Primera edición: Noviembre 2019  
I.S.B.N: 978-84-120563-5-8  
Depósito legal: M-33471-2019

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Me llamo Mick Jagger, pero no soy el cantante. Soy una víctima de mis padres, que me engendraron en un concierto de los Rolling Stones. Me lo han contado tantas veces que es como si hubiera asistido a mi propia concepción, algo que no me gusta imaginar. Pero también, por suerte, tengo otro nombre; me llamo, de una forma más asequible (otros dirían vulgar), Jesús Guzmán. Es decir, Jesús Mick Jagger Guzmán. Mis padres siempre me llamaron Mick o Jagger, otros lo hicieron a la americana Eme Jota o Emejota, a pesar de mi preferencia por el clásico Jesús. Seguramente por esto odio a los Stones, salvo «Sympathy for the devil», su canción sobre el diablo. Y, desde luego, no me gusta que me llamen MJ.

Todo empieza con una historia de tardes en la iglesia, de rosarios en tinieblas, murmullos y olor a sudor que se mezcla con el de la cera al derretirse; tardes sin tiempo que se convierten en noche y que tengo asociadas al tacto de las monedas que entregaba en la colecta, una sensación blanda que tardaba en desaparecer. En esas asiduas visitas con mi abuela, tras la muerte de su esposo, y con sus amigas descubrí que había unas cosas llamadas reliquias, por lo general pequeños objetos encerrados en cajas, urnas, hornacinas, sarcófagos, cruces y relicarios, que si recibían tu oración con fuerza y fe te concedían un deseo o te protegían. Me di cuenta pronto de que yo tenía poca fe, en contra de lo que creía, porque nunca me concedieron ningún deseo, salvo el de volver al día siguiente al templo, y ese nunca se lo pedía a las

reliquias, sino a mi abuela, que era vieja pero aún no tanto como para ser considerada una de ellas.

Pero ahí estaban: astillas de la cruz de Cristo, falanges de dedos de santos y mártires, hígados de la Virgen María, su propia leche distribuida por distintas iglesias, pelos de santas, santos prepucios. Cuando me di cuenta de que existían varios ejemplares de un órgano que en nuestro cuerpo humano es único, empecé a pensar que algo iba mal o que, en efecto, los santos eran individuos distintos de nosotros, bendecidos con una capacidad replicante si no inigualable, sí, al menos, caprichosa. Eran desde luego de otra pasta, porque, si no, dependiendo de dónde lo leyeras, ¿cómo podía haber tres o siete santos prepucios? ¿Cómo San Juan Bautista pudo donar a iglesias y catedrales hasta sesenta y dos dedos propios? No podía, sin embargo, cuestionar el número de pajas del pesebre porque desde luego hubieron de ser muchas, pero sí los más de quinientos dientes de leche que al niño Jesús se le cayeron por distintos templos del mundo. Cuánto trabajo para el Ratoncito Pérez, pensaba yo en mi ingenuidad infantil.

Mi abuela veneraba sobre todo el mantel de la Última Cena, que no había visto nunca, pero por razones que desconozco le era muy devota; sin embargo, cuando le pregunté cuál de los dos prefería —pues descubrí que había dos—, amenazó con no llevarme más al rosario vespertino. No he olvidado su mirada de desconfianza. Callé, pues, y desde entonces, durante mucho tiempo, llevé en silencio mis dudas y pesquisas. Saber, aprender, era la mejor droga, y hacerlo de forma clandestina potenciaba su poder adictivo, como cuando en casa me decían que no leyera este o aquel libro, que quedaba, por tanto, condenado a ser devorado a la primera oportunidad. Pero llegué a mayores hallaz-

gos. Un verano, huyendo del calor madrileño, pasamos varias semanas en Oviedo. Oviedo tiene muchas cosas bonitas, pero para mí siempre será la catedral y esa arca que esconde algunas de las más valiosas reliquias del mundo: leche de la Virgen, un jirón de los pañales del niño Jesús, pan de la Santa Cena, maná, una de las vasijas de las bodas de Caná, algo de la tierra que el Redentor pisó antes de subir a los cielos y muchas otras cosas más.

Me fascinaba de modo hipnótico este mundo tan amplio y variado como contradictorio, y de la forma más simple llegué a dudar de la autenticidad de casi todas las reliquias.

Sin embargo, lo mejor llegó cuando descubrí que no solo había reliquias, falsas y auténticas, materiales, sólidas, tangibles y visibles que podías tocar, si lo consentían los párrocos y sacristanes, como la cola del asno en que montó el Salvador o la lanza que Lo hirió en la cruz, sino que también las había espirituosas, evanescentes, sorprendentes: guardado en una botella que donó un ángel, estaba el suspiro de San José —¿por qué suspiraría el pobre José, quién le hizo sacar de sus entrañas su aliento lamentando? ¡Y qué oportuno y atento el ángel, que, armado de botella, pudo recoger ese vagido del carpintero, exhalación en la que sin duda nos reconocemos todos cuando no siempre queremos volver a casa y, tras dilatar el momento, introducimos la llave en la cerradura!—. Aquel hallazgo me produjo un impacto inusitado, creí haber llegado al máximo del conocimiento que podía alcanzar y asimilar, pero aún me estaban destinadas nuevas sorpresas, nuevas dosis de profunda excitación y de corazón acelerado.

Una de ellas ocurrió, precisamente, en el Vaticano. Dentro de otra botella, alguien había atrapado el estornudo del Espíritu Santo. Y allí estaba si se miraba bien, es decir, si se sabía mirar.

¡Cuánto tiempo invertí buscando por los anales de la Historia a ese alguien capaz de recoger su estornudo!

He dedicado mucho tiempo a las reliquias y ahora vuelvo a interesarme porque se han convertido en uno de mis medios de vida. En todo caso, con el estornudo investigué sobre la excepcionalidad de las condiciones climatológicas en las que habitó el Espíritu Santo, puesto que se trataba de su único estornudo. Por otro lado, y para el interesado en la materia, diré que las botellas que guardan suspiro y estornudo parecen proceder del mismo fabricante (aunque inquieta no haberlo localizado aún), que parecen las adecuadas para salvar materias tan distintas y que ese productor poseía el secreto, seguramente ya perdido, de su fabricación. De hecho, en la botella del estornudo es posible ver algunas señales de lo que, si tratáramos de humanos, llamaríamos saliva y esputo, pero que, al referirme a estos seres especiales, no sé cómo denominar, y también es posible vislumbrar ciertos rasgos que parecen marcas de propiedad como las firmas de cantero.

Aunque no perdí pronto a mi abuela, nunca pude darle noticia de mis descubrimientos, de las falsas reliquias que encontraba, ni de muchas otras cosas que a mí me parecían atractivas y de las que ella, en el fondo mujer de poca fe, me había prohibido hablarle. Desde que le hiciera saber la existencia de reliquias dúplices, empezó a mirarme de otro modo y sentí que poco a poco dejaba de ser su nieto favorito —lo cual es dramático si se considera que soy el único—, a medida que se instalaban en ella la desconfianza y la desilusión. Dejó de decir a sus amigas que Jesusito (o sea, yo) iba a ser cura. ¡Cuántas veces le oí decir: «Tomarás los hábitos, Jesusín, y te llamaremos padre Jesús»!



Hoy lo recuerdo con cariño y una sonrisa en los labios, con una punzada de nostalgia, pero entonces, a medida que cumplía años y crecía, no solo yo sino también el descreimiento en mí, sabía que nunca sería cura ni párroco de ninguna parroquia, por lo que sentía que la traicionaba.

Pero, finalmente, mi abuela murió tras una larga enfermedad que puso a prueba la condición de todos los que estuvimos a su alrededor —unos como moscones, otros como abejorros—, y me dejó (para el enfado de los moscones y el desconsuelo de los abejorros) una pequeña herencia, incluido un piso, que nunca le agradeceré suficientemente. Por entonces yo me dedicaba al estudio del poder de los fluidos y la electricidad. Ensayaba con los que estaban a mi alrededor métodos hipnóticos, pero sobre todo desarrollé experimentos con el magnetismo, la electricidad y el agua ferruginosa. Inventé un pequeño aparato con polos y bobina que producía corriente y me servía para provocar efectos sobre los pacientes, a veces cercanos a la electrocución cuando, agarrados a los polos, se empeñaban en convertir la sesión estimulante en una prueba de resistencia y aguante, cuando, en realidad, su función era curar algunos malestares leves pero pertinaces e impertinentes, como dolores de cabeza y suaves artritis. Tenía la consulta —así la llamaré— llena. Pero sobre todo, y esto no debería sorprenderme, aunque lo hizo, aquellas descargas suaves que se infiltraban bajo la piel como mareas amables, calmaban y hacían que se perdiera el miedo a la oscuridad. Todo un hallazgo; aunque no he llegado a descubrir la relación entre uno y otro fenómeno, la he atisbado en mis propias noches desasosegadas y al ver dormir a los niños que dejaban a mi cuidado; inquietante disciplina ver dormir a un niño e inquieto dormir el de los niños cuando se los mira.

Usted, presunto lector, ¿ha sido mirado, no contemplado —que es cosa distinta y agradable— mientras dormía? Quizá algún mal despertar matinal se ha debido a esa posibilidad, a unos ojos clavados en usted que le han inquietado la quietud. En esta etapa de mis estudios conseguí mayor conciencia de mi cuerpo y de las posibilidades de mi mente, desarrollé dotes de observación para saber cómo eran las situaciones a las que me había de enfrentar al entrar en una habitación o en una oficina. Resultaba fácil captar los liderazgos, los magnetismos y las dependencias y, por tanto, fácil establecer las discordias si eran necesarias y las maneras correctas de conducirse para obtener lo deseado. Claro que no siempre las estrategias funcionan como se espera ni son de aplicación en todos los campos, ni siempre se acierta en los diagnósticos, pero me fueron muy útiles para sugestionar a los individuos y que el toque de mis dedos en sus sienes y en sus pulsos produjera más efecto.

Pero no por esto deben pensar que no soy de fiar o que me aprovecho de la pobre gente como un timador, aunque pasé un tiempo a la sombra. Solo cuento cómo llegué a ser lo que soy, cómo acabé siendo criptógrafo, que no es tan raro como puede parecer (Y ya que estamos, a ver si alguien descifra lo que dice aquí: PTD CHBD ZPTH. Es muy fácil, he usado uno de los códigos más básicos y comunes que existen). No soy un timador pero por razones que no son del caso, aunque estuvieron vinculadas a los tratamientos que aplicaba en la consulta, acabé por pasar una temporada en prisión. Tuve la fortuna durante aquella estancia de ocupar una celda luminosa en invierno y fresca en verano y, casi todo el tiempo que permanecí allí, estuve

solo o bien acompañado por internos que me enseñaron muchas cosas aprovechables dentro y fuera.

Allí conocí a un émulo de Houdini, del que aprendí a pasar desapercibido como si fuera transparente y a hacer trucos que luego me han servido para sobrevivir. No diré su nombre porque es respetable y honrado padre de familia y ahora prohombre de la patria, encumbrado y enriquecido gracias a alguno de esos trucos, que fuera desarrolló a mayor escala. Algún dinero gané yo también, pero nada comparable con sus rendimientos. Houdini entretenía a carceleros y reclusos escapando de las celdas y de las esposas, haciendo aparecer y desaparecer relojes, gorriones —prohibidos—, limas —también prohibidas— y cualquier otra cosa que hubiera a mano. Desgraciadamente, los carceleros no se le daban bien. Siempre pedíamos más porque el tiempo en la cárcel no es que pase lento, es que en realidad tienes mucho y poca cosa en qué emplearlo, a no ser que quieras aprender, y yo quería. Con él el tiempo volaba y yo llegaba a tener las mismas sensaciones que con mi abuela en los rosarios de la tarde.

Ahora bien, fue en la biblioteca donde redimía condena inventando y resolviendo crucigramas, donde tuve conocimiento de quien desencadenó la aventura que voy a contar. Se trata de Constantino Simonidis, personaje interesado como yo en los jeroglíficos y la criptografía, pero sobre todo insigne falsificador que formó parte de una sociedad empeñada en oscuros proyectos.

Cuando salí de la jaula, continué las pesquisas para saber más de Constantino y de esa asociación que se disimulaba tras una máscara de benéfica probidad. En todo caso, desde el mismo día en que abandoné el establecimiento penitenciario, comencé

a sentirme vigilado. No sabía cuál podía ser la razón de mi seguimiento, ya que había cumplido mi condena, que se vio acortada por buena conducta y trabajos en el internado, y puesto que nadie me había pedido que trasladara ningún mensaje, ni tenía información para dar un golpe, ni nada que se le pareciera.

Pasé un tiempo en acondicionar la casa que me dejó mi abuela y en solucionar el papeleo de la herencia —los impuestos me crujieron—; entre tanto, observaba por la ventana para ver si reconocía a alguien, miraba para atrás y por los cristales de los escaparates cuando paseaba para localizar a ese que me vigilaba. Pero nada. Llegué a pensar que padecía algún síndrome carcelario o ex carcelario. El resultado fue que durante semanas apenas salí de casa, que hacía la compra por internet o por teléfono y trabajaba mucho buscando información. No sería fácil, pero el dinero de mi abuela y el ganado por mí, bien dosificados, me permitirían investigar a Simonidis y encontrar lo que hubiera tras su nombre.

La información que había conseguido me decía que el archivo de la Sociedad para la Mejora de la Sociedad (SMS), a la que perteneció Constantino, se encontraba depositado en la moderna biblioteca que pertenecía al puntero Centro de Investigación Nacional (CIN). Este Centro de excelencia —según leí en su web—, siguiendo aquellas políticas que piensan que la solución a los problemas está en descentralizar los servicios y hacer perder el tiempo a los ciudadanos al tener que desplazarse a lugares periféricos para realizar sus gestiones, se encontraba en el borde de la ciudad. Mientras me dirigía hacia allí en el suburbano, pensando que tal vez al lado hubiera un sembrado de pata-

tas, cavilaba sobre cómo cambia el mundo: antes, la tendencia era centralizar; ahora, para compensar ese centro saturado de glorias, victorias y vitrinas, la propensión de gobernantes y empresas es llevar sus sedes a los límites. Allí acudimos los ciudadanos, que somos figuras cada vez más maltratadas y en franca decadencia.

Pido disculpas a mi hipotético lector, pero, como le sucede a él, quien escribe también a veces se distrae.

Bien, yo pensaba esto mientras me dirigía a mi destino: el moderno y renovado, según había leído en su página, Centro de Investigación Nacional (CIN). Subí la corta escalera que lo separaba de la acera, echando de menos las altas escalinatas que había visto en las películas y que te proporcionan la grata sensación de estar siendo transferido a otra órbita; pasé las puertas acristaladas (de nuevo un símbolo que pretendía no aislar a la ciencia de la sociedad) y me encontré ante una garita en la que varios guardias de seguridad miraban atentos sus monitores de vigilancia. Por supuesto, de inmediato, tuve una sensación de vértigo y vómito porque de repente me encontré en la prisión y ante el punto de vigilancia que ya había abandonado. Durante el tiempo que pasé aislado del mundo, pero en contacto con algunos de sus más conspicuos miembros, tuve ocasión de estudiar y aprender —como ya he dicho antes—, de modo que reconocí perfectamente la figura del panóptico, esa invención diabólica que permitía vigilar todas las zonas del edificio desde un solo punto de vista —más y mejor ahora, con las cámaras distribuidas por todas partes—, y visualicé también cuál de todos los allí sentados sería el guardia de seguridad menos desagradable.

En fin, una vez que me repuse (y a ello ayudó saber que, con frecuencia, esos vigilantes, como los diputados del Congreso,